Ac. Esp. II-128

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. IGNACIO BOLÍVAR Y URRUTIA

EL DÍA 18 DE ENERO DE 1931

MADRID
1931

R40708

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. IGNACIO BOLÍVAR Y URRUTIA

EL DÍA 18 DE ENERO DE 1931

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

MADRID
1931

J. Molina, impresor.—Álvarez de Castro, 40. Teléfono 30366.

DISCURSO

DE

D. IGNACIO BOLÍVAR Y URRUTIA

SEÑORES:

Permitid, señores Académicos, que mis primeras palabras, pese a lo que demandaba la cortesía, vayan encaminadas a evocar el recuerdo de D. Eduardo Gómez de Baquero; considerad que no dispongo de otros medios para ensalzar su memoria por faltarme autoridad para juzgar en materia literaria, lo que por otra parte sería innecesario aquí, donde todos sois jueces expertos en ese terreno y tenéis formado vuestro juicio sobre tan destacada personalidad; por esto debo tan sólo procurar que su recuerdo permanezca vivo entre nosotros, correspondiendo de este modo no sólo a lo que merece tan insigne literato, sino a la gratitud que personalmente le debía por la deferencia y benignidad que me dispensó públicamente en más de una ocasión y a la sincera amistad con que me honraba, debiendo confesaros, puesto que no debo tener reservas con vosotros, correspondiendo así al honor que me dispensáis al recibirme en la Academia, que la consideración expresada ha tenido no poca parte en hacer acallar mi conciencia, temerosa de que pudiera ocupar un puesto que juzgaba inmerecido, pues por ser el que él ocupó, evitaré al sustituirle que su recuerdo, que, como ha dicho un castizo escritor, es el mejor homenaje que podemos rendirle, pudiera ser borrado, u obliterado al menos, por los méritos del que le sustituyera. De esta suerte, el tiempo que yo le ocupe, corto

por ley natural, podrá ser ofrendado, por lo que a la literatura respecta, como un momento de silencio a la memoria de D. Eduardo Gómez de Baquero.

Por otra parte, tratar de analizar la obra de tan insigne escritor pudiera parecer en cualquiera, y mucho más en mí, pretensión censurable de emular a nuestro eximio Presidente, que lo hizo en dos ocasiones bien distintas: la una, con motivo de su ingreso en esta Academia, y con el de su fallecimiento la otra, orto y ocaso de la actuación de Gómez de Baquero en ella durante cuyo lapso de tiempo puso a vuestra disposición el caudal inagotable de su erudición, de sus conocimientos en historia, en la ciencia del derecho y en literatura, que no sólo en la Academia, sino en la prensa periódica, donde más justificados triunfos obtuvo y donde su actividad alcanzó mayor desarrollo; en el Ateneo y hasta en las tertulias y reuniones particulares, ponía siempre a disposición de cuantos habían menester de sus consejos e indicaciones.

Cierto, como aquí se ha dicho, que hubiera sido un gran ornamento para la Universidad, y que ésta perdió un excelente profesor al apartarse Baquero del rumbo que le señalaban sus aficiones; pero hay que reconocer que con ello nada perdió la cultura patria ni la enseñanza, pues ésta no sólo se ejerce desde las cátedras oficiales, sino que es más fecunda, más positiva, más universal y, por lo tanto, más influyente para la educación pública, difundida desde la tribuna de la prensa, cuando se hace por personas de la altura cultural de Gómez de Baquero y de otros que son gloria del periodismo español.

Pero no era sólo en este terreno en el que más contribuía y mayor influencia ejerció en la enseñanza, sino en el privado, mediante sus relaciones con una pléyade de nuevos escritores a los que servía de maestro ejemplar resolviendo sus dudas y sirviéndoles siempre de amigo leal, de juez, no ya imparcial, sino benévolo, para juzgar sus producciones, y de inspirador

de ideas y orientador de conductas. Nada retrata mejor su intervención en la literatura patria bajo este respecto que estas palabras de un joven escritor, tomadas al azar de entre otras muchas que pudieran igualmente ser citadas: «*Andrenio* [1], mejor que ningún otro, es el tipo del gran pedagogo nacional, que repasa cotidianamente nuestras débiles lecciones, y al que todos, todos, debemos luego, en los exámenes de las tertulias, la fecha de un centenario, la interpretación inglesa de una ley, el resumen de una época histórica, la significación de una figura literaria o política de uso corriente, y etcétera, muchos etcéteras».

Imposible sería, sin un largo examen, apreciar las múltiples facetas de la actividad de Gómez de Baquero y de su influencia en la literatura patria; pero bastaría ojear los numerosos artículos y discursos pronunciados en su honor a raíz de su fallecimiento por los más eximios escritores de las más opuestas tendencias, para comprender el importante papel que ha desempeñado en la vida intelectual de España en las últimas décadas.

De personalidad tan eminente he de pasar por fuerza a hablaros de la mía, contrariando con ello una vez más mi carácter, enemigo de la exhibición, que hubiera envidiado al personaje de Miró, que se complacía en gozar de la felicidad de la insignificancia; no siendo espectáculo para los demás y siéndolo todos para él. Juzgad por esto cuál ha de ser el estado de mi ánimo al verme elevado a un puesto, el más alto que en el orden académico puede alcanzarse, poniéndome al nivel de tantos escritores famosos que he admirado en mis lecturas, y a cuyas obras me acojo con reiteración en el vagar del tiempo, como compensación a mis tareas de naturalista, y esto sin merecimientos de mi parte, pues como véis soy mero *dilettante*

[1] Giménez Caballero, en un artículo publicado en *El Sol* del 28 de septiembre de 1926.

en materias literarias. Mi gratitud por tan gran deferencia debe exceder el límite de la que hayáis sentido en análogas circunstancias, porque en vosotros concurrían méritos que justificaban la elección, lo que no sucede ahora... Pero convencido, como ha dicho con gran acierto un escritor justamente alabado [1], de que una sola palabra, situada en su ambiente natural, expresa más vida ella sola, única, que engarzada en largo y prolijo período, sólo os diré, para expresar los sentimientos que embargan mi ánimo en estos momentos... Gracias, señores Académicos.

Y ahora, para tratar de acomodarme al reducido espacio en que pueda girar mi actuación, pasaré a exponer sin más retardo algunas observaciones sobre el **Lenguaje de la Historia Natural**, debiendo advertir que, siendo tan vasto el tema, sólo he de considerarle desde el punto de vista de los nombres que sirven para designar los seres vivos, animales y plantas, prescindiendo de los restantes nombres científicos que se emplean en aquella ciencia, que no llamaré técnicos para mantener la pureza de la etimología de esta última palabra.

Muchas veces he sentido, en mi larga actuación en el campo de las Ciencias Naturales, la necesidad de consultar el léxico español en busca de definiciones o de palabras apropiadas para expresar en castellano hechos o ideas nuevas que aún no se habían vertido o no tenían expresión en nuestro idioma, y he de confesar que no siempre logré encontrar satisfacción a mis deseos, viéndome obligado a traducir la palabra extranjera acomodándola en lo posible a nuestras reglas gramaticales o a expresar por medio de una perífrasis el significado de la idea. En esta indagación hallé que los diccionarios, cualquiera que fuera su autor, tienen manifiestamente

[1] Azorín, en el prólogo de «Superrealismo».

tendencia literaria; que están hechos por hombres de letras y lo relativo a las ciencias queda en ellos, por regla general, preterido, y esto, que sucede en todas las lenguas, se acentúa más en la nuestra, porque si la literatura es muy antigua en nuestra patria, en cambio la ciencia es muy moderna, tan moderna que aún no ha llegado a formar tradición científica, como la hay literaria, y, por tanto, sus principales axiomas y principios, y hasta el conocimiento elemental de los hechos más vulgares, no integran todavía ni casi intervienen por cantidad ponderable en el conjunto de conocimientos que componen el caudal nomínico del común de las gentes.

De ahí que se cometan con frecuencia en toda clase de publicaciones, como también de palabra en el trato social, lamentables errores en materia de esta índole, no siempre comentados con la hilaridad merecida con que lo son otros de carácter literario, pasando, en general, inadvertidos porque los oyentes no suelen estar a mayor altura en punto a ilustración científica que el autor de la falta, mientras que los errores o las equivocaciones en materia histórica o literaria, o simplemente gramatical, aun cuando fueren de importancia relativamente menor, ponen al autor en la picota de la ignorancia o le hacen, cuando menos, desmerecer del concepto en que le teníamos. Así: la más leve falta de ortografía; el atribuir a un autor un dicho o una frase de otro; una cita histórica equivocada; la ignorancia de la fecha de un acontecimiento notable, etc., etc., y en cambio, ¿cuántos se han fijado, por ejemplo—para evitar referirme a autores modernos—, en el error que encierran las famosas décimas, que están merecidamente en la memoria de todos, de uno de nuestros más grandes y celebrados poetas, en las que se niega la respiración a los peces y se supone que estos animales no se generan como los demás?, siquiera todo ello pueda olvidarse por la hermosura del verso y lo admirable de su medida; ni ¿quién, al repetir de memoria, una y cien veces, la fábula de la cigarra y la hor-

miga, ha caído en la falsedad del ejemplo y deducido, por ende, el desconocimiento en Historia Natural de cuantos escritores han adoptado su argumento? En Francia, donde, como en todas partes, se ha incurrido en este defecto, no han faltado críticos que hayan llamado la atención, ridiculizándolas, sobre esta clase de faltas, lo que quizás haya contribuído a corregirlas, obligando a poner más cautela en la pluma de los escritores, y a este propósito recuerdo, entre otros, los donosos comentarios que Alfonso Karr dedicó, en un librito sobre las flores [1], a los dislates cometidos por algunos escritores en esta materia, excediéndose por demás en la crítica de una novelita de Alejandro Dumas, titulada *El tulipán negro*, que a mi juicio no merecía tan acerba crítica.

Contribuye notablemente a mantener esta ignorancia lo poco extendido que se halla entre nosotros el espíritu de observación; así he podido comprobar que aun aquellas personas que por su habitual permanencia en el campo podría esperarse que tuvieran mayor conocimiento de los seres con los que diariamente están en contacto, no tienen de ellos la idea que se esperaba, y, lo que es más de lamentar, carecen de interés por conocerlos o les atribuyen falsas cualidades que han tomado como artículo de fe al recibirlas de boca de sus mayores, y pudiendo comprobarlas por sí mismos, no se han tomado el trabajo de hacerlo, pareciéndose en esto a la mayor parte de los escritores que en la Edad Media han comentado las obras de Historia Natural de los autores griegos y latinos, aceptando sus errores sin molestarse en rectificarlos, discurriendo sobre la madre Naturaleza desde el fondo de su cuarto sin asomarse a la ventana para saludarla.

Siempre que he interrogado a los pastores sobre los animales o las plantas silvestres del país, he encontrado que, en general, sólo tienen de ellos un conocimiento muy superficial,

[1] Alphonse Karr: *Les fleurs*. Calman Lévy. Paris, 1870.

sin que sepan distinguir unas de otras las especies próximas, ni aun tratándose de animales de algún tamaño, siendo algo más exacto el que tienen de las plantas. Aun entre personas de más ilustración, que por sus aficiones campestres pudieran haber adquirido mayor conocimiento de estas cosas, se observa parecida ignorancia. En alguna parte recuerdo que he referido el caso de haber tenido que dirimir en cierta ocasión una apuesta surgida entre cazadores de profesión, en un momento de descanso, sobre si los renacuajos son seres distintos de las ranas.

De lo expuesto se infiere la conveniencia de que los filólogos procuren contrastar las informaciones que obtengan de las gentes del campo con la opinión de varias personas de la localidad. Una sola, puede estar equivocada o ser natural de otra región, donde los nombres vulgares sean diferentes.

Si este aserto necesitara confirmación, la encontraríamos bien cumplida en una obra del naturalista D. Félix de Azara que se conserva inédita en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, y cuya fecha se remonta al año 1789 [1], en la que, refiriéndose principalmente a los españoles más que a los guaranies del Paraguay y de las riberas del Plata, dice: «Tan pocas son las aves conocidas aquí, que no llegan a 40 las que tienen nombre específico ni a 28 las que lo tienen genérico». Sin embargo, me consta por experiencia que, si se pregunta a diez sujetos el nombre de un ave presentándosela, se oyen diez nombres, y que si se repite la pregunta al día siguiente responden otros diez nombres, todos distintos, y así hasta lo infinito. El naturalista aragonés llevaba nueve años, cuando esto escribía, explorando aquellos territorios, a donde había sido enviado para la demarcación de límites con el Brasil, y don-

[1] Apuntaciones para la Historia Natural de las aves de la provincia del Paraguay, acopiadas por D. Félix de Azara, Capitán de Navío de la Real Armada, dedicada a S. M. Año de 1789, en la Asumpción del Paraguay. Ms.

de permaneció mucho más tiempo, reflejándose en todas sus valiosas obras, alguna de las cuales fué presentada a la Academia de Francia con un laudatorio informe escrito por Cuvier, las dificultades que había encontrado para la aplicación de los nombres a las aves y a los cuadrúpedos que describió.

Cuanto queda expuesto tiene su atenuación en lo que a las plantas se refiere, pues debido a las virtudes, positivas unas, supuestas otras, que se les atribuye, y a haber buscado en ellas la humanidad remedio para sus males, ha hecho que sean más conocidas, siendo designadas con nombres propios vulgares. Así pudo Colmeiro formar el *Diccionario de los nombres vulgares de muchas plantas usuales o notables del antiguo y nuevo mundo* [1], para el que ya Rojas Clemente había reunido materiales que aquél sin duda utilizó [2]. No hubiera obtenido tan copioso resultado si se hubiera tratado de animales, por el escaso número de nombres que habría encontrado.

Es tanto más de lamentar este desconocimiento de las Ciencias Naturales, cuanto que los problemas que entrañan estas ciencias afectan muy directamente al hombre, y sus agentes intervienen por modo considerable en la economía del globo, en el cual, si el hombre ejerce la supremacía, no ha logrado hacerlo tranquilamente, sino en lucha constante con aquéllos, en la que muchas veces lleva la peor parte. La Historia Natural, aun descartadas de ella la Astronomía, la Física y la Química, que si se ocupan en el estudio de la Naturaleza no lo hacen bajo el mismo aspecto ni por procedimientos que caigan dentro de lo que se entiende por «Historia», es la más vasta de todas las ciencias, por basarse su estudio en el conocimiento del planeta, de los materiales que le forman y de los seres que le habitan, abarcando, por lo tanto, el de la

[1] Madrid, 1871.

[2] En el Archivo del Jardín Botánico se conservan, entre los papeles de Colmeiro, las listas de Rojas Clemente.

organización y cualidades de todos éstos, así como el de las relaciones por las que están ligados en el momento actual de la vida del globo y las que los unieron en épocas pretéritas, desde aquéllas en las que ningún ser vivo alegraba las soledades terrestres y que constituyen lo que por analogía pudiéramos llamar la «Prehistoria de la Tierra», hasta que, por la observación de los fósiles y de su posición en los terrenos, se pudo juzgar de las condiciones del medio en que sucesivamente se fué desarrollando la vida, pues los fósiles son las medallas que acusan por manera indeleble y fehaciente, con mayor verdad y exactitud que los códices en la historia de los pueblos, el paso de las generaciones de animales y plantas a lo largo de los tiempos geológicos hasta el momento actual.

Aunque ciencia genuinamente objetiva, se relaciona en muchos puntos con las simbólicas o abstractas, siendo en alto grado filosófica por corresponderle analizar los fundamentos de la vida, siguiendo su desarrollo a través de los organismos, a partir de los más sencillos, en los que las funciones vitales se hallan reducidas a la satisfacción de las necesidades inherentes a la conservación del individuo y de la especie, funciones que si persisten en los superiores están aquí influídas por un elemento nuevo, cual es el sistema nervioso, casi indistinto en su origen, y que gradualmente se concreta y caracteriza hasta hacerse el más dominante, pero que desde un principio distingue ya al animal del vegetal y luego somete a su servicio órganos y sistemas de la más fina estructura, naciendo la sensibilidad, la motilidad, la volición y todo el admirable y para la inteligencia humana abrumador conjunto de las facultades anímicas.

Pero no he de extenderme en consideraciones sobre el interés que encierra la Historia Natural, por no ser propias de este tema. Sólo añadiré, por la relación que con la historia de la Humanidad tiene, que ésta debe a aquélla el conocimiento de la vida del hombre en el largo período prehistórico en que

aquél, en íntimo contacto con la Naturaleza, hizo conocimiento con los animales de su tiempo, utilizando algunos hasta someterlos a su dominio, combatiendo con otros para defenderse de ellos o aprovecharlos para su sustento, sirviéndose igualmente de las plantas para diversos fines, llegando al cabo a la formación de rebaños de los animales gregarios y al cultivo regular de las plantas de mayor aprovechamiento.

En todo este tiempo, tan largo que la mente humana no puede imaginar, porque el tiempo, en Geología, es un factor comparable sólo a la distancia en Astronomía, el hombre convivió con los animales en medio de la Naturaleza, como lo hacen aún muchas tribus salvajes que no han rebasado el período prehistórico; pero a medida que la civilización fué progresando, comenzó a divorciarse de aquélla en términos de justificar la frase que, en tono algún tanto humorístico, pero con gran verdad, ha escrito Gómez de Baquero, diciendo que «la historia de la civilización es la historia de un viaje que ha hecho una especie zoológica o un reino animal alejándose de la Naturaleza».

Pero volviendo al tema de esta disertación, añadiré que a la Historia Natural ha correspondido además, y en primer término, formar el inventario de todos los seres existentes sobre la tierra, cuyo conjunto constituye la Naturaleza, y para ello ha tenido que denominarlos con el fin de distinguir los unos de los otros, resultando de esto tal conjunto de nombres que no hay idioma en el mundo que pueda compararse bajo este respecto con la riqueza del que se ha originado a consecuencia de la labor prolija y gradual, personal y colectiva, de tantos hombres como se han dedicado a estos estudios.

Por lo que respecta a los seres vivos, se utilizaron en un principio para esta designación los nombres con que el vulgo los distingue; pero con el desarrollo de la ciencia se vió que estos nombres no podían satisfacer las necesidades de la His-

toria Natural; la Naturaleza es más pródiga y fecunda que la imaginación humana y ha creado más seres que ésta palabras.

Los nombres vulgares o triviales que, por pertenecer al lenguaje común de las gentes, son acogidos sin excepción por la Academia, ofrecen al filólogo, lo mismo que al naturalista, graves dificultades por lo que se refiere a establecer la necesaria correspondencia entre el nombre y el ser denominado; además de esto, no siempre pueden ser considerados concretamente como nombres propios de un animal o planta, porque el vulgo, como antes dije, no distingue de especies en muchos casos; así, las palabras rata, murciélago, lagarto, musaraña, foca y muchísimas más, no designan una especie determinada, sino varias; no son, por tanto, nombres específicos, como diría un naturalista, sino genéricos; no se determina con ellos a cuál de las especies de rata o de murciélago nos referimos, y esa ambigüedad que el vulgo no advierte, porque no distingue entre las especies de esos animales, no puede satisfacer al naturalista que reconoce en ellas animales diversos, dotados de cualidades propias y particulares. En los ejemplos citados es disculpable que se confundan animales que en apariencia, esto es, por su aspecto exterior, parecen iguales o tienen entre sí mucho parecido; pero ¿cómo explicarse que se confundan a veces con igual nombre seres completamente distintos, como, por ejemplo, el escorpión, signo del Zodiaco, arácnido venenoso y el grillo real, inofensivo para el hombre, aunque no para sus cultivos, y que, sin embargo, llevan el mismo nombre de «alacrán»? Pero no es esto sólo, sino que con frecuencia se confunde con uno mismo, no ya especies próximas y de un mismo género, sino familias enteras y hasta la multitud de animales de un grupo superior, como sucede con las palabras mariposa, escarabajo, araña, insecto, etc.; este último nombre, sobre todo, sirve al vulgo para designar las innumerables especies que existen de estos animales, de cuya

denominación común se salvan apenas un centenar de insectos que tienen nombre especial.

En otros casos, un mismo animal es conocido con nombres diversos, no ya en los distintos países, sino en las regiones de uno mismo, y en España tenemos de ello numerosos ejemplos, que no cito por ser esto muy general y conocido. Especies hay que podrían emular a los más esclarecidos linajes, por el conjunto de denominaciones con que son conocidas, y esto obligaría al naturalista a recurrir a cada paso al vocabulario que contuviese la sinonimia de todos ellos, o sea el conjunto de nombres con que la especie fuese conocida en todas las regiones de todos los países.

Con razón se quejan los filólogos de la vaguedad e imprecisión con que los vocabularios regionales que se han ido publicando suelen proceder en estas cuestiones. Pocas veces es posible saber con seguridad, dice algún filólogo, si tal o cuál animal descrito bajo un determinado nombre en uno de estos vocabularios es precisamente el mismo de que se trata, bajo nombre igual o diferente, en el vocabulario de otra región.

Como se deduce de lo expuesto, esta clase de nombres no puede aceptarlos la Historia Natural como base de su nomenclatura; el naturalista necesita designar con un nombre propio, invariable, cada especie de animal o planta, libre de las variaciones que en los distintos idiomas y hasta, como acaba de verse, en las regiones de una misma nación pueda llevar el animal o la planta; porque lo primero es dar nombre fijo a las cosas, y esto es de tanta importancia, que si los nombres se perdieran no habría manera de entenderse; así lo han formulado en frases axiomáticas Linneo, Fabricius y tantos otros naturalistas, y antes que todos San Isidoro de Sevilla, que lo hizo en estos términos: *Nisi enim nomen scieris cognitio rerum perit.*

Y sin embargo, la manera regular y precisa de dar nombre a los seres vivos, o sea la nomenclatura científica, zoológica y

botánica, no ha sido establecida hasta mediados el siglo XVIII, en que Linneo la propuso en su célebre *Systema Naturae.*

Pudiera por esto creerse que la Historia Natural es una ciencia moderna, sin abolengo en la historia de las naciones, y lejos de ser así, es una de las ciencias más antiguas, puesto que en su iniciación vulgar nace con el hombre, y ya en la más remota antigüedad encontramos conocimientos de ella y hasta conatos de clasificaciones, aunque vagos y triviales, de los animales y de las plantas.

Así, aunque pasemos por alto los que tuvieron los pueblos del antiguo Oriente, que ya componían tratados y listas de nombres de animales, como los hallados en la biblioteca, escrita en ladrillos cocidos, del palacio de Assurbanipal [1], quien, como es sabido, hizo copiar y traducir por los sabios de Nínive los antiguos textos de la historia primitiva de Asiria y de la Caldea, así como de cuanto sabían de ella los egipcios, y muy principalmente de la organización de los animales, por su costumbre de embalsamar los cadáveres, fuente de conocimiento deficiente en los griegos por el respeto religioso que profesaron a los muertos, y también de los conocimientos de éstos mismos anteriores a Aristóteles, desde Tales y Anaxímenes de Mileto, que consideraban el agua y el aire, respectivamente, como principio fundamental de todo lo existente, y de tantos otros filósofos que profesaron ideas y principios sobre cosas de la Naturaleza, de los que algunos sólo en tiempos modernos han llegado a tener confirmación científica, tales como la unidad de la materia; la homogeneidad de constitución del Sol, la Tierra y la Luna; la existencia en ésta de valles y montañas; la preexistencia de la vida en las aguas antes de que se manifestara sobre la tierra; la idea de que los cuerpos

[1] Dehtzsch, F.: *Assyrische Studien. Assyrische Thiernamen,* Heft I, in 8.° Leipzig, 1874.—Menaut, J.: *La Bibliothèque du Palais de Ninive,* in 12.° Paris, 1882.

todos están compuestos de partículas, así los tejidos blandos como los huesos de los animales, etc., etc., hechos todos reveladores de los conocimientos que los pueblos antiguos poseían ya sobre la Naturaleza, confundidos en un principio con el fetichismo, inseparables después de los sistemas filosóficos que tanta celebridad dieron a la antigua Grecia, hasta la aparición de Aristóteles, en el que puede decirse culminan estos conocimientos por tan asombroso modo que el saber del famoso estagirita ha constituído, durante muchos siglos, el límite infranqueable de los conocimientos humanos en ésta como en muchas otras materias.

Aristóteles es considerado por algunos como el fundador de la Zoología, y de su *Historia de los animales* ha dicho Cuvier que no puede leerse sin la más profunda admiración. Aristóteles conoció gran número de animales; sólo de peces enumera hasta 117 especies. A ello contribuyeron las conquistas de su discípulo, el gran Alejandro, en Africa y en Asia, porque especialmente las últimas no fueron sólo guerreras, sino verdaderas exploraciones científicas, en las que se hizo acompañar por numerosos sabios.

Pero el mérito principal, en el asunto que examinamos, del «autor de la lógica», como le llama con justicia Chahid [1], no está sólo en esos conocimientos, sino en haber comprendido la importancia de la observación y de la experimentación, guiadas por la razón como método indispensable para el estudio de la Naturaleza. Con razón ha escrito Draper [2] que Aristóteles constituye la transición natural entre el método especulativo de Platón y los científicos de Arquímedes y Euclides.

Fuera de él y de sus más inmediatos discípulos, no parece que los animales hayan llamado la atención de los griegos,

[1] Asín Palacios, M.: *El libro de los animales de Chahid.* Madrid, 1930.

[2] Draper, J. W.: *Histoire du développement intellectuel de l'Europe,* t. I, pág. 249. Paris, 1887, in 8.º

pues ni en la mitología de esta nación ni en los poemas de Hesiodo y Homero se encuentran datos zoológicos de algún interés. La *Zoología* de Aristóteles encerraba ya, sin embargo, la iniciativa de una clasificación que hubiera podido conducir a un sistema y acercar más el momento de la aparición de una nomenclatura zoológica. Mayor aproximación, por lo que respecta a los vegetales, consiguió su discípulo Teofrasto, en cuya *Historia de las plantas* se encuentra ya el germen de un sistema sexual de estos seres.

La fastuosa corte de los Ptolomeos, con los abundantes recursos de que disponía aquella institución, creada por el primero de los monarcas de esta dinastía con el nombre de «Museo», especie de Academia de Ciencias, en que todo linaje de sabios era mantenido con magnificencia a costa del Estado; suerte de Universidad, que en ocasiones contó más de 14.000 estudiantes, con su anfiteatro para el estudio de la anatomía del cuerpo humano y su colegio médico, que corona con aureola de gloria inmortal a aquellos grandes reyes egipcios, que bajo este respecto no han sido igualados modernamente; en esa corte de los Ptolomeos, a pesar de sus inmensas bibliotecas y de los establecimientos creados para facilitar el estudio de la Historia Natural, como la Casa de Fieras y el Jardín Botánico, no obtuvieron, sin embargo, estas ciencias mayor desarrollo que el conseguido hasta entonces; otros rumbos tomó la atención de los sabios, y los nombres de Arquímedes, Eratóstenes y otros célebres físicos y matemáticos sucedieron a los de los filósofos y naturalistas de la antigua Grecia. A su influjo se debe, no obstante, que las obras de Aristóteles no se perdieran y que, traducidas a diversos idiomas, llegaran a extenderse por todo el mundo de entonces, desde Mesopotamia a nuestra Península.

Pudiera creerse que la gran afición de los romanos a los animales hubiera producido algún adelanto en la materia de que tratamos; pero no fué así, pues aparte de aquellos que

BIBLIOTECA · REAL ACADEMIA ESPAÑOLA ·

podían ser de alguna utilidad, como lo acreditan los escritos de Varron, Columela y otros, de los demás no se ocuparon sino para la satisfacción de pasiones, como la gula y la sanguinaria crueldad de los circos.

Estos fueron los fines prácticos de los cuidados que dedicaron a la aclimatación de los animales, excediéndose en lo que a los placeres de la mesa se refería. Quién no sabe que a Licinio le dieron el mote de «murena», por haber sido el primero que crió estos peces voraces, que tan frecuente era presentar en los banquetes, y que Sergio aurata, recibió este nombre de otro pez, la dorada, por haberse especializado en su cría, así como en la de las ostras, pues fué el primero en formar criaderos de este molusco. Los ciervos, los corzos, el jabalí, las liebres, los conejos, los lirones, eran domesticados y engordados y se les hacía acudir a los banquetes para diversión de los convidados, y los peces se hacían llegar vivos hasta la mesa del convite, por medio de canales que venían de los viveros, para acreditar que eran frescos los que iban a consumirse, y no faltó un Lúculo que hiciera atravesar una montaña para traer el agua del mar a sus viveros, lo que le valió de Pompeyo el apodo de «Xerxes togatus».

Si esto se hacía a instigación de la gula, otro tanto sucedía para la satisfacción de otras pasiones, como la vanidad, o para dar pábulo a la crueldad del pueblo; así, Metelo hizo matar a flechazos, en el circo de Roma, gran número de elefantes de Africa que había cogido a los cartagineses en Sicilia; Quinto Scevola hizo aparecer ante los romanos cuarenta leones, que combatieron contra hombres, y Scaurus, en un amplísimo anfiteatro capaz para 80.000 espectadores, presentó ciento cincuenta panteras, cinco cocodrilos y un hipopótamo, animales que por primera vez eran conocidos de los romanos, y también un hueso gigantesco del monstruo a que Andrómeda fué entregada para librar la Etiopía de los daños que la fiera causaba, y que por sus dimensiones puede juzgarse pertenecería a algún

reptil fósil gigantesco de los que hoy nos son conocidos. Pompeyo hizo traer para la inauguración de su teatro un *Cephus,* un lince, un rinoceronte, animal desconocido entonces; veinte elefantes, cuatrocientas panteras y seiscientos leones, de los que la mitad tenían melena, y César superó a su rival presentando en el anfiteatro cuatrocientos leones de melena, veinte elefantes, que fueron atacados por quinientos hombres a pie; otros veinte, que lo fueron por otros tantos montados, y por vez primera aparecieron en el circo toros salvajes, combatidos por hombres. El emperador Augusto, por sí solo, hizo perecer, a la vista del pueblo, tres mil quinientas fieras; Calígula, en una sola fiesta, sacrificó cuatrocientos osos y otras tantas panteras, y Tito, para celebrar la dedicatoria de las Termas, presentó nueve mil animales en el circo. Estas aficiones motivaron también la domesticación de algunas fieras, siendo Marco Aurelio el primero que se mostró en un carro tirado por leones, y en el circo se vieron con frecuencia animales amaestrados capaces de hacer ejercicios que no han sido superados en tiempos modernos; por último, Cómodo, hijo de Marco Aurelio, consideraba una gran diversión el cortar la cabeza con un afilado sable curvo a los avestruces, a los que se hacía correr enseñándoles un cebo; los avestruces continuaban corriendo algún tiempo después de decapitados. El primer rinoceronte bicorne conocido, y cuya existencia no fué comprobada hasta tiempos muy recientes, es el que figura en algunas medallas de Diocleciano. Pero todos estos hechos, tan conocidos que necesito vuestro perdón por haberlos recordado, no hicieron progresar la Historia Natural ni siquiera contribuyeron a mantenerla a la altura en que la dejaron los griegos.

Plinio el viejo, muerto por su curiosidad en aquella erupción del Vesubio que cubrió con sus cenizas Herculano y Pompeya, resumió en su *Historia Natural* los conocimientos de su época; pero abandonando el criterio de la observación, si-

quiera acudiese a él por su desgracia, en la ocasión que le costó la vida, dió cabida en sus escritos, bajo la sola fe de sus autores, a hechos y seres fabulosos como el de la existencia del «Catoblepas», de mirada mortal; del «Unicornio», animal cuadrúpedo armado de un cuerno en la frente, que, no obstante su falsedad, campea en el escudo de Inglaterra; de la «Mantícora», bestia horrible con cuerpo de toro y cabeza de hombre, etc., etc. Plinio, muy inferior al gran macedonio, clasifica los animales por el medio en que habitan, y como la nomenclatura debe tener por base una clasificación racional, de aquí que nada contribuyera dicho autor al progreso de aquélla con sus obras. De igual defecto adolecen sus continuadores Oppiano y Ateneo, más poetas que naturalistas, que admiten con fruición todo género de hechos fantásticos, como si la imaginación humana fuese capaz de superar a la Naturaleza en la invención de seres extraordinarios y de hechos asombrosos.

Este apartamiento de la realidad y este enquistamiento en los errores de los siglos pasados persiste durante toda la Edad Media, no obstante haber descollado en ella eminentes varones como San Isidoro de Sevilla, que condensó en sus Etimologías todos los conocimientos de Historia Natural de su tiempo, pero que en el terreno que examinamos no produjeron progreso apreciable. Los escritores de esta larga noche de la Historia, recluídos por lo general en los claustros, compilan cuantas relaciones caen en sus manos, casi siempre sin criterio para distinguir lo cierto de lo dudoso, manteniendo errores de los que aún se encuentran huellas en nuestro tiempo, así el basilisco, el grifo, el ave fénix, el pelícano abriéndose el pecho para alimentar a los hijuelos, etc., etc., y como prueba extraordinaria del error a que conduce el abandono de la observación directa guiada por la razón, podría citarse, como hecho curioso, las fábulas tenidas por ciertas hasta tiempos relativamente próximos de la existencia de árboles cuyas hojas si caen en tierra originan aves y si en el agua, peces, y esto no en paí-

ses remotos de los que puede hablarse sin temor de ser contradicho, sino en Alemania y en Inglaterra. Es sobre todo notable la referencia al «*anseres arborei*», esto es, un árbol que el dominico Vicente de Beauvais dice que crece en Escocia; árbol parecido a los sauces, que produce en el extremo de sus ramas pequeños abultamientos esféricos que en su interior contienen ya los polluelos de un pato cubiertos de la pelusilla propia de estos animales cuando jóvenes. Estuvo tan en boga esta creencia, que todavía en el siglo XVII era sostenida por Gesnero y Aldrovando, llegando este último, ¡oh poder de la fantasía!, a representar en una lámina el árbol cargado de frutos en parte abiertos, dejando escapar los polluelos. No faltaron, sin embargo, escritores como Alberto el grande, que dieron muestras de un criterio recto y severo, rechazando muchas de las patrañas que los autores aceptaban ya las que daban pábulo añadiéndoles quizás nuevas invenciones.

De esta época son ciertos tratados seudocientíficos, llamados *Lapidarios*, *Bestiarios* y *Volucrarios*, en los que, con notoria candidez y buen deseo, se toma a los animales como modelos de comparación para invitar a las gentes a moderar sus malos instintos y corregir su conducta, por la observación de las cualidades morales que se atribuye a los animales, y que aún persistimos en reconocerles; así: la nobleza del león, la astucia de la zorra, la vanidad del pavo real, la malicia del mono, el orgullo del gallo, etc., etc. No ha faltado quien suponga que esta zoología simbólica con sus monstruos y seres fantásticos pueda dar la explicación de las extrañas figuras de que están pobladas las viejas catedrales góticas. Un reflejo de estas obras, aunque de tiempo más moderno, 1696, lo suministra la del Padre Ferrer de Valdecebro [1], cuyo título, que explica su contenido, es como sigue: «Govierno general, moral y político, hallado en las aves más generosas y nobles, saca-

[1] Barcelona, 1696, in 4.º

do de sus naturales virtudes y propiedades, etc., etc.» Un ejemplo tomado al azar dará idea de este libro; dice, hablando del pavo real: «Sucedele al pavo lo que debia suceder a todos los sobervios, que en medio de su mayor vanidad y presunción, cuando está haciendo ostentacion de su cola y pluma, si se mira a los pies, la recoje y deshace, se humilla y retira. Si el sobervio se mirase a los pies muy aprisa se deshiciera de tan ruin alhaja, tan pesada y tan peligrosa, como es la sobervia. La razón de humillarse el pavo mirandose los pies es porque son feos demasiadamente; y como repara en tanta fealdad se congoja y mortifica recojiendose y humillandose».

Al renacimiento de la Historia Natural contribuyó grandemente el descubrimiento de América, y si en aquél no intervinieron con mayor intensidad los españoles, no fué por falta de observadores fieles de la Naturaleza, como Gonzalo de Oviedo, Joseph de Acosta, Francisco Hernández, Bartolomé Cobo y otros, sino por la demora en publicarse sus obras, alguna de las cuales, como la del último de los citados, ha permanecido inédita hasta tiempos bien recientes, en que fué sacada a luz por la Sociedad de Bibliófilos andaluces y gracias al celo del insigne Jiménez de la Espada. Los extranjeros se aprovecharon de los descubrimientos de los nuestros y aportaron a la Historia Natural conocimientos cuya prioridad hubiera podido corresponderles.

Llegamos así casi a mediados del siglo XVIII sin que hubiera encontrado verdadera solución el problema de la denominación de los seres naturales, pero justo es reconocer que ya desde mediados del XVII venía preparándose el terreno para su implantación, siendo Tournefort, botánico francés [1], quien a fines del XVII, en 1694, adelantó algunas ideas que dieron la clave para la resolución de aquel magno problema, cuya generalización con el establecimiento de las reglas por

[1] Colmeiro, M.: *Curso de Botánica*, pág. 9. Madrid y Santiago, 1857.

las que había de regirse la nomenclatura binaria o binominal[1] son debidas a Linneo. En efecto, Tournefort establecía en realidad una denominación binaria al plantear el principio de que cada vegetal debería ser designado por un nombre genérico y una notación específica. Su mérito principal fué el de haber constituído y caracterizado los géneros de las plantas con una exactitud no conocida hasta entonces. La aplicación que hizo de este procedimiento a su sistema floral, en el que está fundada su clasificación, debe ser considerada como un gran progreso y explica el éxito que obtuvo la obra de Tournefort durante la primera mitad del siglo XVIII.

Por esta época aparecen en el campo de las Ciencias Naturales dos grandes figuras nacidas en el mismo año (1707), Linneo y Buffon, que dieron, especialmente el primero, un impulso considerable a la Historia Natural comparable sólo al que Darwin produjera un siglo después.

No es posible hacer el juicio de aquellos grandes hombres en las breves líneas que corresponde dedicarles en relación con el tema que se examina. El primero de ellos, comprendiendo la necesidad de establecer una clasificación de los animales y de las plantas fundada en caracteres propios, tomados de ellos mismos, pero convencido al propio tiempo de que los conocimientos de su época no eran aún suficientes para poder establecer un método natural que fuese como el reflejo del plan de la Naturaleza, que era a lo que había de aspirarse, siguió el ejemplo de algunos de sus precursores, sirviéndose de sistemas artificiales basados en las modificaciones que puede ofrecer un órgano o una serie natural de ellos, proponiendo su *Sistema sexual de las plantas*, fundado en las variaciones que se observan en las flores, y que tanto contribuyó al desarrollo de la Botánica, y propuso, además, sus-

[1] Para apreciar la diferencia entre los términos binaria y binominal, consúltese: Bather, F. A.: *The meaning of the terms «Binary» and «Binominal» as applied to Biological Nomenclature*, Journ. Linn. Soc.-Zool., London, 1924.

tituir las descripciones abreviadas con que se venían distinguiendo las especies por un nombre que, con el genérico, componen los dos términos de la nomenclatura binominal, como queda dicho. De este modo quedó definitivamente resuelto el problema de la denominación de los seres naturales.

El sistema de Linneo estuvo en boga durante todo el siglo XVIII, y solamente desde 1735 a 1767 se hicieron 12 ediciones de su famoso *Systema Naturae*, lo que prueba no sólo la excelencia de la obra, sino el ansia con que era esperada una innovación de aquella importancia por los naturalistas de la época.

Linneo, más universal que Buffon, abarcó los tres reinos de la Naturaleza. Buffon, opuesto a las clasificaciones sistemáticas, no logró, sin embargo, contrarrestar el éxito de la obra de Linneo. Aunque el clasificar y denominar los seres naturales no sea el único objeto de la Historia Natural, no puede negarse que es uno de sus fines primordiales, de modo análogo a lo que ocurre con las Academias del lenguaje, cuyos fines no informan toda la literatura de un país, pero constituyen el instrumento de que aquélla se sirve.

Buffon, más literato que naturalista y preciado de su estilo—bien conocida es una frase que se le ha atribuído y que él no expresó en la forma en que tantas veces se ha repetido [1]—, se propuso reavivar los textos de los autores grie-

[1] Buffon ha dicho: Las obras bien escritas serán las únicas que pasarán a la posteridad. El conjunto de los conocimientos, la relación de los hechos y hasta la novedad de los descubrimientos, no bastan para asegurar la inmortalidad; si las obras versan sobre asuntos sin importancia; si están escritas sin gusto ni elevación de miras; si carecen de genio, perecerán, porque los conocimientos, los hechos, los descubrimientos son fácilmente aprovechados por otros y hasta podrán ganar al ser utilizados por más hábiles manos. Todas estas cosas están fuera del hombre; *sólo el estilo es del hombre*. Es lo único que no puede ser suplantado, ni substraído, ni alterado; si es elevado, noble y sublime, el autor será siempre admirado.

gos y romanos, despojándolos de cuanto tenían de fantástico y completándolos con los conocimientos y las adquisiciones hechas por la Ciencia modernamente, sobre todo en Zoología; de aquí que se le haya llamado el Plinio moderno. Buffon es el poeta de la Naturaleza; sus admirables descripciones son verdaderas pinturas de los animales a que se refieren, así como de su vida y costumbres, siendo por esto el que más ha contribuído a popularizar la Historia Natural, mereciendo el calificativo de «Preceptor de Francia», que le dió Moreau-Saint-Méry; pero se equivocaba al criticar a Linneo, sosteniendo que es contrario a la realidad el ordenar a los animales de otro modo que como los vemos de ordinario, valiéndose para demostrar su tesis de ejemplos que hasta hacen dudar de la seriedad con que los expone; así, cuando dice: Linneo separa el perro del caballo, reuniendo a éste con la cebra y el asno, cosa nunca vista en la realidad, pues lo que estamos acostumbrados a ver es que el caballo vaya seguido del perro, pero nunca de una cebra.

Linneo llegó a conocer hasta 10.000 especies de animales y otras 10.000 de plantas, y a todos estos seres les dió nombre con arreglo a su sistema, el cual ha seguido aplicándose a los que se han descubierto después, los que, sólo por lo que a las plantas se refiere, pasan de 350.000, según el Index Kewensis [1], cifra triplicada seguramente por el de animales. Por estas cifras, que hacen pasar de un millón el número de seres existentes o que han existido sobre la tierra, puede juzgarse mejor de la excelencia de este sistema de nomenclatura, el que por otra parte es de tan gran sencillez y naturalidad, que nos parece que cualquiera hubiese podido inventarlo, y, no obstante, habían transcurrido dos mil años desde Aristóteles sin que esto se hubiera realizado.

Consiste este sistema, como todo el mundo sabe, en em-

[1] Oxford, 1895-1925.

plear dos nombres para designar cada especie de animal o planta, los que corresponden a lo que llamamos el nombre y el apellido de una persona, con la diferencia de que el nombre propiamente dicho no se aplica aquí para designar un solo individuo, sino un conjunto de ellos, esto es, una colectividad de individuos enteramente semejantes por sus principales rasgos y que sólo difieren entre sí por diferencias de escasa monta, que es, en suma, lo que en términos bastante vagos se llama «una especie». Esta es, por tanto, la base, la unidad en toda clasificación, y la reunión de las más afines constituye el género, que es lo que proporciona el apellido de la especie, y así sucesivamente se forman las divisiones, en grado progresivo, de la escala taxonómica.

El progreso realizado por Linneo en la distinción práctica y en la nomenclatura es de gran importancia, tanto desde el punto de vista teórico como en el práctico; gracias a él se ha podido ordenar la multitud de seres conocidos, según la mayor o menor analogía que entre ellos existe, para lo que ha precisado hacer la comparación de unos con otros, llegándose de este modo a poder juzgar del valor de los caracteres diferenciales, y el orden y el método han llegado a ser patrimonio de la Historia Natural, que si en todo son deseables ambos factores, en ninguna parte lo son tanto como en ella, y esta ordenación ha llevado a los naturalistas, en el terreno teórico, a conclusiones inesperadas sobre la concepción del mundo orgánico; al debate de lo que debe entenderse por especie; a la discusión del grado de fijeza de esta piedra angular de teorías, que aún se disputan el campo de la Ciencia, abriéndole nuevos horizontes antes insospechados.

En el terreno práctico son muchas las ventajas que se derivan de la nomenclatura binominal, siendo una de las principales el haber establecido un lenguaje universal entendido por los naturalistas de todos los países, porque es de saber que Linneo completaba las denominaciones de sus especies

con frases descriptivas en latín, sumamente concisas, que compendiaban los caracteres estrictamente precisos para su distinción (frase específica o diagnosis), y así han seguido haciéndolo los naturalistas hasta tiempos muy recientes, en que ha comenzado a abandonarse esta práctica que tantas ventajas presentaba.

Otra, no menos importante, es la de haber logrado dar nombre a ese inmenso número de seres que hoy se conocen con otro relativamente corto de palabras, porque denominados los géneros, que son los nombres que podríamos llamar patronímicos, los cuales no han de repetirse, y que si por descuido algún autor los repitiera quedaría anulada la denominación pasando a la sinonimia el últimamente propuesto, no hay inconveniente en que los nombres específicos se repitan, como sucede con los de las personas, pues la distinción se establece por los apellidos. Sólo en reinos diferentes se consiente la repetición; por eso hay plantas que llevan el mismo nombre genérico que algunos animales.

Pero estas ventajas no se han logrado desde el primer momento, sino que han exigido una labor de corrección y de perfeccionamiento que aún continúa y que hoy está encomendada a Comisiones internacionales de nomenclatura que funcionan en los Congresos científicos, habiéndose llegado de este modo a la formación de un «Código de nomenclatura», fielmente observado por todos los naturalistas.

La profusión de los seres existentes ha dado como resultado inmediato de su estudio las especialidades. Hoy no es posible, como en tiempos de Linneo, que una misma persona abarque el conocimiento de todos ellos, ni siquiera el de uno de los reinos, vegetal o animal, ni el de una clase, ni casi el de un orden, llegando algunos a considerar materia bastante para sus estudios el de una sola familia, ya de todo el mundo, ya de una región determinada, más o menos extensa, porque la bibliografía es tan copiosa, que la de muchos grupos consti-

tuye de por sí una verdadera biblioteca [1]. Numerosas Sociedades dedicadas a estas diferentes especialidades publican anualmente sendos volúmenes repletos de descripciones de nuevas especies [2], por lo que la dificultad de estar al corriente de todo ello llegaría a ser insuperable, sobre todo para los que no vivan en los grandes centros de población donde existan grandes bibliotecas, si no fuera porque hay publicaciones especiales que resumen y dan cuenta de cuanto aparece relativo a cada especialidad, como el *Zoological Record* y otras análogas, y entidades como la *Reichszentrale für naturwissenschaftliche Berichterstattung*, de Berlín, y el *Science Museum*, de Londres, que facilitan copias de las páginas que interesan y fotografías de las láminas de las obras que desean consultarse.

De esta dificultad y también de la falta de conformidad en cuanto a lo que debe considerarse como especie, ha nacido la sinonimia, que ha dado por resultado que una misma especie haya recibido varios nombres, siquiera se considere como válido con arreglo a la ley de prioridad el primero que se le impuso. La sinonimia ha obligado a añadir al nombre de la

[1] La biblioteca especial de malacología que posee el Museo por donativo de D. Joaquín González Hidalgo, contiene aproximadamente 3.000 obras, algunas de ellas compuestas de muchos tomos.

[2] Para que pueda juzgarse de la intensidad de esta labor bastará decir que en el tomo del año 1929, que es el último publicado del «Zoological Record», se enumeran 9.330 trabajos diversos sobre todos los ramos de la Zoología, aparecidos durante dicho año, de los que 524 corresponden a la parte general y los restantes a las especialidades. En éstos se describen 2.022 géneros nuevos, con un número de especies triple o cuádruple. Así se explica el aumento considerable que sufre anualmente el cómputo de animales y plantas. Colmeiro, cuando publicó en 1857 su *Curso de Botánica*, calculaba en 100.000 las plantas entonces conocidas, y han bastado cincuenta años para que se triplique su número y llegue a las 350.000 que contiene aproximadamente el «Index Kewensis», y una cosa análoga ocurre en Zoología. A ello contribuyen las exploraciones de nuevos territorios y las investigaciones intensivas realizadas en otros ya conocidos.

especie el del autor que la describió puesto en abreviatura, y para la distinción de las subespecies y variedades se ha añadido, cuando esto es necesario, un tercer nombre, convirtiéndose realmente en trinominal la nomenclatura [1].

Las clasificaciones, gracias a tan analizador estudio, han ido perfeccionándose, constituyéndose por todas partes grupos naturales, a lo que se tendía desde los tiempos de los Jussieu y del propio Linneo, y del mismo modo en Zología se labora para llegar a la clasificación natural, que no ha de ser otra cosa que el árbol genealógico de los seres vivos.

Como se deduce de lo expuesto, la Historia Natural posee la manera única y precisa de designar con nombres fijos, que no permiten duda ni vacilación, lo mismo los animales que los vegetales, precisión que, como dijimos en un principio, no puede pedirse a los nombres vulgares, por lo que, si se aspira a definir con seguridad el ser a que se refiere un nombre vulgar, no debe prescindirse de poner a continuación, aun cuando sea entre paréntesis, el nombre científico y de ajustar su definición a reglas basadas en la taxonomía. Así lo ha entendido sin duda la Academia al aceptar los nombres de las

[1] Puede adquirirse conocimiento de las vicisitudes por que ha pasado la nomenclatura a partir de 1889, en que empezó a tratarse de ella en los Congresos zoológicos, consultando los «Rapports présentés au Congrès international de Zoologie», por MM. R. Blanchard, H. Filhol, P. Fischer et Ed. Perrier, Lille, Juillet 1889, y los «Documents relatifs a la Nomenclature des êtres organisés», por el Dr. Raphaël Blanchard. Paris, 1890, au «Siège de la Soc. Zool. de France», deuxième rapport, por el mismo, presentado al II Congreso celebrado en Moscou en 1892, y las «Règles internationales de la Nomenclature zoologique adoptées par les Congrés internationaux de Zoologie», Paris, 1905, por R. Blanchard, y por fin el «Código de Nomenclatura Zoológica vigente en la actualidad», por Angel Cabrera, publicado en el «Bol. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.», 1914, pp. 311-337, y reproducido en «Insecta». Publ. de la Station Entom. de la Faculté des Sciences de Rennes, 1914-1915, y «The Entomological Code», Washington D. C. May, 1912, etc., etc.

clases, órdenes y familias, pues ello abrevia y fija la descripción del ser de que se trate por modo extraordinario.

El Diccionario de la Academia hasta su décima edición añadía a todas las definiciones españolas una breve definición latina, que se suprimió a las cinco últimas ediciones, comprendiéndose bien que la supresión ha obedecido a la imposibilidad de expresar con voces de una lengua muerta multitud de cosas e ideas muy modernas en que nunca soñó la lengua del Latio. Ahora bien, ¿hasta qué punto puede interesar a un pueblo el conocimiento de tantas palabras extrañas al lenguaje común para motivar que sean recibidas en su léxico?; la respuesta a esta pregunta es a mi entender bien clara, pues ello dependerá necesariamente del grado de cultura del país. A medida que los problemas de las ciencias, y lo mismo sería aplicable a las artes, van siendo más conocidos, que sus aplicaciones interesan más al común de las gentes, sus términos irán siendo más repetidos, llegarán a estar en boca de mayor número de personas y adquirirán por derecho propio un puesto en el lenguaje y en el diccionario, que ha de ser su fiel reflejo. ¡Cuántas palabras que hemos visto nacer lo han conseguido ya y cuántas otras están llamando a las puertas de la Academia y habrán de figurar en sucesivas ediciones del Diccionario!

Para terminar, sólo me resta pediros perdonéis que no haya tenido arte para reducir a más cortos términos esta deshilvanada relación, ni para hacerla amena y atractiva; no siempre los resultados corresponden a los deseos del que acomete una empresa, sobre todo si ésta es superior a sus fuerzas, como acontece en este caso.

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. VICENTE GARCÍA DE DIEGO

Al recibir el encargo de contestar en nombre de la Real Academia al ilustre electo D. Ignacio Bolívar, he pensado que la Corporación me confiaba este cometido teniendo sólo en cuenta el gusto con que había de cumplirlo.

Por fortuna, el elogio del Sr. Bolívar no sólo surge sin esfuerzos ni hipérboles a la vista de su magna obra, sino que ya está hecho por manos más expertas. En rigor, ni entonces ni ahora era preciso dar relieve a sus méritos. Su mejor panegírico es su nombre. Quienes podían hacerlo con competencia directa han hecho ya repetidas veces historia de lo que significa la obra de Bolívar en el resurgimiento y modernización de las Ciencias Naturales. No es preciso, pues, que una vez más se historie el esfuerzo del hombre incansable que en sus excursiones científicas, en sus colecciones famosas en Europa, en su intervención en los congresos zoológicos y en sus dilatados estudios ha prestado al nombre de su patria la ofrenda más valiosa que un hombre culto puede prestarle. No es preciso para vosotros, porque no os diría nada desconocido, ni es preciso para Bolívar, porque a su modestia ha de ser más grato mi silencio, el que diera cuenta aquí de su larga serie de títulos, cargos y honores con que el Estado, las Academias españolas y extranjeras y otras sociedades han honrado su preclaro talento y su vida ejemplar. No es preciso que enumere los galardones y cargos honrosos

de quien tiene tal vez por título de primordial honor el trabajar calladamente en su especialidad e intervenir ardorosamente en lo que sea fomento de la instrucción. Son las distinciones y honores los que han buscado al trabajador infatigable y sabio, ardoroso propulsor de la cultura, uno de los que más callada y decididamente han contribuído a poner nuestros conocimientos naturales a tono con la ciencia universal, y uno de los que con menos visibilidad y ostentación han ejercido más eficaz influencia docente en nuestra patria.

En un país como el nuestro, al que se debe una aportación gloriosa a las Ciencias Naturales durante nuestra colonización de Indias, y en que un rey prócer había dado impulso generoso a tales estudios, creando con amor y esplendidez el Museo de Historia Natural, habían quedado aquéllos en los últimos tiempos en tal rezago, que sus elementos y colecciones, trasladados como en deshaucio de acá para allá, parecían derivar más a museos arqueológicos o secciones burocráticas que a laboratorios útiles y muestrarios vivos de investigación y de trabajo. Y fué Bolívar quien, más afortunado que otros maestros que lucharon por mover de su atasco a nuestro Museo, logró su instalación decorosa y su organización moderna, haciendo de él magnífico centro de enseñanza y seminario de investigadores. A cuanto significa en medio siglo progreso de las Ciencias Naturales, a la creación y desarrollo de la Sociedad Española de Historia Natural, Estaciones biológicas alpinas y marinas, al aumento de nuevas Facultades de Ciencias, queda adscrito con singular preeminencia el nombre del Sr. Bolívar. De sus dos largos centenares de obras y monografías sabéis muchos lo que significan como aportación a la cultura universal y como modelo de investigación. Si los demás ramos científicos tuvieran el desarrollo que la Entomología ha logrado por el impulso del Sr. Bolívar, España merecería en el concierto del mundo un puesto distinto del que ocupa. Su magna obra entomólogica,

en que ha descrito más de doscientos géneros nuevos y más de mil especies desconocidas, podrá no tener resonancia vulgar, pero entre investigadores ha de tener la estimación que merece.

Pero con ser importante la obra material de Bolívar, de remozar y enriquecer nuestras colecciones naturales, y de mejorar los elementos de estudio, con ser importante esta enorme aportación científica, todavía debe destacarse como más fecunda su obra de magisterio y apostolado científico. Sólo con condiciones geniales algunos espíritus docentes logran la supervivencia de su obra, que sea algo más que la pura troquelación pasiva, o la imitación servil, con débiles destellos de satélite, que declinan y se apagan. Sólo con condiciones personales y vocación especial se logra sobrevivirse en una familia espiritual, que no se limite a vivir de la gloria del patrimonio, sino que aspire a enriquecerlo. Sólo con condiciones raras admirables se consigue en un ambiente de prosaísmo que la juventud se incline a estudios de curiosidad científica, que no se traducen en un aprovechamiento inmediato. Magnífica labor de sembrador que dejó en herencia enriquecidos los campos y repoblados los montes, sólo superada por la más fecunda del que sembró en el espíritu de sus hijos la cultura y el amor inextinguible que hace estos bienes perdurables. De los discípulos del Sr. Bolívar muchos son ya maestros, que aseguran la continuidad de su obra y auguran aún mejores días para nuestra ciencia.

De sus dotes de educador, como en todos los grandes pedagogos, las más salientes son las menos sentidas: ese conjunto de cualidades intransmisibles y casi inefables, en su mayoría más morales y afectivas que intelectuales, de prestancia y atracción, de severidad moral, de energía contenida y aprovechada, de disciplina, de probidad ante la verdad, de amor a la naturaleza, de lirismo científico. Como los mejores maestros, sin riqueza de medios materiales, sin gran tramoya

pedagógica y sin esfuerzo visible, ha moldeado en las más severas normas científicas a una generación, que es su mejor obra.

Como no podía por menos de suceder, dado su carácter, el Sr. Bolívar entra en la Academia, no con el reposo solemne del pasado, sino con un desasosiego y afán del porvenir. Quien tanto podía ofrecernos en el recuento de su magna obra, inicia su intervención, como habéis oído en el discurso, con una inquietud.

La ciencia es ante todo problema lingüístico, porque no hay ciencia metódica sin ideas precisas, ni ideas precisas sin palabras exactas. Las Ciencias Naturales, especialmente, vinculan su exactitud en la precisión del lenguaje.

Las Ciencias Médicas, sin colaboración apenas de lenguaje popular, han vivido y viven su tragedia lingüística, tomando muchas veces en el vaivén de las ideas y vocablos las doctrinas por palabras y las palabras por doctrinas. La Historia Natural se salvó de una vez de la confusión de lenguas con su nomenclatura universal, magnífica torre de marfil, cuyas leyendas entiende el viajero de cualquier país. Pero el babel de los lenguajes sigue viviendo a su alrededor. En el comercio científico con el mundo profano y en la retrospección histórica de esta ciencia su clave universal no sirve para entenderse con el pueblo, que, extraño a todo acuerdo de esperanto científico, trata a los seres de la naturaleza con el poco respeto con que trata a las demás realidades.

¿Cómo obviar esta dificultad? ¿Cómo entenderse en idiomas tan diversos como el científico y la infinita variedad de toda lengua hablada? Esta es la cuestión a la que el Sr. Bolívar apunta en su notable discurso.

Como habéis oído, el vulgo no da nombres especiales a cosas y seres que para el naturalista tienen gran valor, y no hay medio de entenderse sobre ellos; el rústico y el culto confunden frecuentemente hasta las especies que apenas tienen

parecido externo; las regiones, las localidades y hasta los individuos varían al denominar una planta, o un animal, o una piedra, que el naturalista, para poder entenderse, quisiera llamar con un nombre vulgar único.

Finalmente, el uso común, los libros de enseñanza y hasta nuestros diccionarios oficiales recogen sin preferencia estos varios nombres, sin que el científico pueda saber si tal voz es la genuina española o un provincialismo, si una significación es propia o extensiva, si tal acepción es una extensión de la voz o una confusión grosera. Al exponer esto el naturalista, como el filólogo, no hace mas que consignar un hecho, lamentable desde el punto de vista de aquél, y que en cierta medida podría remediarse con la imposición de la cultura; pero sin que esto pueda significar extrañeza para quien conozca que el lenguaje vivo es, no un acuerdo técnico, sino la elaboración espontánea de las multitudes. Por ser así, del lenguaje común no podía esperarse que sus conceptos sobre las cosas coincidieran con los que la ciencia tiene, ni soñarse que, aun en el caso de una maravillosa vulgarización de la cultura, el pueblo pudiera entender y usar los nombres científicos. La ciencia y el pueblo han procedido en sus nomenclaturas por razones divergentes, y es lógico que no coincidan en sus conclusiones. La ciencia es la universalidad, y su nomenclatura, una convención convertida en canon, mientras que el lenguaje vivo es el campo de batalla de incesantes creaciones estilísticas contra la tradición. La ciencia, con el puro ideal de la distinción, va pacientemente elaborando su ingente nomenclatura, universalmente aceptada. El pueblo, que no tiene más medio que la creación oral, con una inadecuación absoluta entre la complejidad del mundo y la penuria de sus recursos memorísticos, forzado, además, por el complejo y duro imperio de la vida práctica, no puede interesarse en los seres difícilmente distinguibles, y se contenta con especificar algunos por su tipo inconfundible o por razón de utilidad. El pue-

blo ha coincidido, aunque toscamente, con la ciencia en los conceptos obvios, en las divisiones de grandes seres de la naturaleza, aves, peces, y se ha aproximado en el concepto de las especies mejor perfiladas y conocidas, el león, el caballo. Pero es natural que el vulgo no aproxime seres de exterior tan diverso que el naturalista relaciona por un nexo funcional o por caracteres de un órgano, sobre todo en la distribución botánica, en que para el clasificador vulgar tiene importancia el aspecto o el uso, mientras que para el naturalista tiene interés el detalle de una parte, como la organización de la flor. En la vida animal no ha escapado a la percepción del vulgo y menos de los antiguos naturalistas la condición de ciertos seres desorbitados. Plinio cita frente a los peces los cetáceos «qui animal pariunt», y frente a las aves, el murciélago, que «eadem sola volucrum lacte nutrit». Las divergencias en las denominaciones vulgares no surgen, además, por puro error, sino por evoluciones muy complejas. Un ave marina, la *fulica* o *gaviota*, da nombre a la *focha* marina; pero *focha* se aplica luego en tierra a la *cerceta*, y en Extremadura a otra ave distinta. La tierra presta al mar más frecuentemente sus denominaciones. *Locusta*, entre los romanos, es ya el insecto que devasta los campos y el conocido crustáceo marino. Sólo observando que su gemelo el lético *lekt* significa 'saltar', y el lituanio *lekiu* 'volar', se descubre que fueron los pastores o agricultores los que impusieron la denominación primera. Las permutas y confusiones son facilitadas por denominadores comunes: el *macho*, la *cría*. La importancia de una especie en cada lugar hace prevalecer un nombre. *Animalia* dió en una zona gallega, donde la vaca es el animal más importante, la voz *almallo;* pero *almella* significa la oveja en una zona oriental donde abundan más estos animales. En los pequeños seres, sobre todo, el denominador común que facilita los cambios y confusiones, es su acción y uso. En el latín, el nombre *tinea*, por la acción destructora, se aplicó del ara-

dor de la sarna a la polilla del papel y a gusanos de los árboles, y en español, a parásitos que destruyen el pelo y a la arañuela de las colmenas. Por la acción cáustica de la *mosca cantárida*, usada por medicina o bebida ponzoñosa, se extendió su nombre a insectos como el español carraleja. A todo esto hay que agregar la ignorancia, culpable en muchos casos, pero inevitable siempre en el pueblo, a quien queda confiada la custodia de la tradición verbal. Hay que insistir, pues, en que lo que estudiamos como un defecto es más bien disparidad entre los resultados de la onomástica científica y de la vulgar. En el fondo, sus procedimientos lógicos son semejantes, y en ambos impera inicialmente la arbitrariedad, que, al obtener la sanción del uso, se consagra por norma. El vulgo, que en una localidad da a diversas especies de rapaces una sola denominación, *aguilucho, halcón*, etc., incluyendo por ignorancia en un solo grupo el cernícalo, el alcotán, el halcón y otros, no hace sino lo que los técnicos han hecho incluyendo arbitrariamente por conveniencia científica en un solo grupo las mismas especies bajo el nombre del último. No hay, pues, que escandalizarse de que el vulgo tome una especie por género, o al contrario, si vemos por las pacientes pesquisas de Gesner que un tipo como el *accipiter* era entre los romanos, para algunos, nombre de una sola especie, y para Plinio, denominador de dieciséis. En esta discrepancia inevitable de la ciencia y de la lengua viva, lo único preciso, como en todo conflicto lingüístico, es buscar un punto de intelección. Al fin, la lengua usual es una transacción entre la tradición que tiende a inmovilizarse y el instinto de creación individual. La misma lengua literaria es cosa artificiosa, en que se admite un pasado inexistente y lo personal; un estado de convivencia en que, sin ser de nadie, todos podemos entendernos desde los más dispares puntos dialectales. Lo único preciso en el conflicto entre el lenguaje universal de las Ciencias Naturales y la variedad de las regiones es poner

como intermedio la lengua oficial. El diccionario vulgar no tiene por qué prescindir de provincialismos muy extendidos, pero puede en cada grupo de palabras equivalentes dar carácter nacional a una forma. Las regiones tienen derecho a ver consignadas sus voces en el diccionario, y no hay que decir que a usarlas ellos y los literatos; pero la ciencia, por fuero superior, tiene también opción a pedir, y la Academia, por su autoridad, derecho a determinar, cuál es entre los varios nombres de un ser el nombre nacional, el que en la enseñanza y en el trato de los hombres cultos debería ser en lo futuro considerado como sinónimo fijo del nombre técnico universal. Para ello no es precisa la proscripción, sino simplemente que se considere como nacional un nombre y se designen como provinciales los demás. Que el lector tenga derecho a ver explicado en el diccionario qué ave es el *arrejaque, gavión* o *falcino*, y que el pueblo pueda seguir usando estos nombres, es evidente: pero no es menos cierto que al hombre culto le asiste el derecho de saber entre el grupo de formas cuál de ellas, *vencejo, avión*, o el que sea, ha de utilizar cuando pretenda dar una denominación nacional a tal ave.

La empresa tiene dificultades de ambiente y acaso merecerá el reproche de los que puedan ver postergados nombres regionales de cierto arraigo, que son siempre de gran afección, y sobre todo de los que entienden por riqueza de idioma el cúmulo de voces. Para los que piensan que la opulencia del castellano consiste en tener más de veinte formas para designar un solo ser, como la *aguzanieves* o la *lagartija*, la postergación puede parecer lamentable, aunque no sería difícil convencerles de que una cosa sería preferir oficialmente un nombre que la precisión científica demanda y otra el uso vulgar o literario y el amor provincial y folklorístico, que todavía habían de seguir conociendo durante largo tiempo las voces postergadas. No faltarían tampoco las dificultades técnicas. La de elegir entre las voces más generalizadas, muchas

de ellas perpetuadas en la literatura, obligaría a una averiguación detenida de su difusión geográfica y de su tradición, pero no sería razón suficiente para desistir del empeño. La dificultad es grande, no sólo por la actual carencia de datos de nuestra incipiente geografía lingüística y de nuestra incompleta lexicología histórica, sino por la discutible preferencia de criterios, la fidelidad etimológica, la tradición literaria y la extensión geográfica.

Con razones históricas, en esta competencia llevaría ventaja el nombre patrimonial *jenave* frente al nuevo *mostaza*, propagado del nombre de sus semillas a la planta, y, sin embargo, probablemente, tal vez por razones prácticas, hubiera de ser ésta la preferida. De las variantes de la planta *yerbo*, *yebla*, *yiezgo*, probablemente la última había de ser la menos aceptable en criterio gramatical, y sin embargo seguramente había de ser la aceptable por razones prácticas. En otros, como en la docena de variantes de la *aulaga* y del *escaramujo*, la ignorancia de la etimología y la inseguridad de las variantes permitiría una elección voluntaria. En último caso, apuradas las garantías nacionales, el acuerdo oficial, aun en el caso de alguna decisión arbitraria, debiera merecer acatamiento por poner término a una confusión que a nadie favorece y perjudica a la cultura. No puede olvidarse que la que ahora nos parece maravillosa nomenclatura científica, hecha indudablemente sobre bases ciertas históricas, fué en muchos casos convención y arbitrariedad. Para un romano revivido sería sorprendente ver que el nombre *celtis* se toma como comprensivo del *loto*, y el *felis* del *león*. Pero la ciencia, entre inventar caprichosamente un nombre nuevo y extender el de una especie como representativo de todo un grupo, prefirió esta última arbitrariedad. La elección de un solo nombre entre los varios que designa la misma realidad, ya sean nombres distintos, ya variantes del mismo nombre, siempre sería ventajosa. La elección en el caso inverso, cuando un solo

nombre designa varias especies por confusión y competencia regional, no sólo sería ventajosa, sino necesaria. Que entre los nombres diversos del avión o de la aulaga se elija uno, siempre sería útil; pero que entre nombres que, como *arzolla*, *armuelle*, *asnacho*, designan plantas distintas, dos, tres y hasta cinco, sin que sepamos cuál es la acepción genuina, se elija un nombre nacional, parece necesario. La facultad de disponer de un nombre fijo representativo de cada ser, tendría una influencia enorme en la ciencia. Sólo por esta incertidumbre de los nombres es tan deficiente y confuso nuestro conocimiento de los seres naturales antiguos, aunque los diccionarios den con ingenua seguridad correspondencias sencillas de ellos. Y no vale en estas dudas consultar las herencias románicas, porque la mayoría son infieles a la tradición. El *corco* asturiano y el *cerqueiro* gallego nos los presentan, y serán seguramente como una variedad del roble, y según todos los indicios, el *quercus* era, como en el tecnicismo actual, un grupo comprensivo de varias especies.

La contraposición en el diccionario del nombre nacional y del tecnicismo latino, naturalmente acompañado de la explicación vulgar, facilitaría toda compulsa. El latinismo no diría nada al lector profano, y la sola explicación actual no bastaría para el técnico. Pero las tres cosas, el nombre técnico y la descripción como explicación del nombre vulgar oficial, darían una precisión y claridad que ahora echamos de menos en los diccionarios.

Tal es la difícil cuestión a que el Sr. Bolívar mueve nuestro ánimo. Esta empresa trascendental requiere naturalmente una técnica lexicológica, pero a base de rigurosos datos científicos, que sólo los técnicos de las Ciencias Naturales pueden proporcionar.

En este sentido, la posible aportación del Sr. Bolívar a la Academia es de un valor inapreciable. La Academia necesita corregir los errores que por el carácter enciclopédico de todo

diccionario se deslizan tan fácilmente en los artículos científicos, especialmente de las Ciencias Naturales; necesita remozar los conceptos que evolucionan con tanta rapidez en la ciencia actual; y, si se decidiese a esta difícil empresa de elegir entre los nombres en competencia, necesita poseer datos seguros para que su decisión sea justa o razonable.

En el Sr. Bolívar se da el caso de una suprema competencia científica; y, además, la circunstancia, no tan frecuente entre los hombres científicos, del amor pródigo de su ciencia. La Academia podrá asesorarse con provecho siempre, pero no necesitará solicitar el concurso de quien con entusiasmo ha de ofrecer una colaboración entusiasta y asidua.

Al darle la bienvenida en este momento solemne en nombre de la Academia, me atrevo a extender la felicitación a la Academia misma, que llama a su seno a uno de los que con más eficacia pueden ayudarle en sus tareas. En el constante y celoso esfuerzo de nuestra Corporación por acrisolar el lenguaje y corregir sus propios yerros, puede colaborar con fruto cierto quien tan amplio conocimiento tiene de las cosas y tan afinado el sentido de la exactitud.

Si esta fiesta señala una fecha honrosa para la ciencia natural, tengo la seguridad de que señala también un día grato para la Academia Española.